

**Utopía y Praxis
Latinoamericana**



Utopía y Praxis Latinoamericana
Universida de Zulia
utopraxis@luz.ve
ISSN: 1317-8369
VENEZUELA

2002
Jesús Díaz Labarca
HERBERT MARCUSE. LA ASCENSIÓN DEL TOTALITARISMO EN LA SOCIEDAD POSTINDUSTRIAL
Utopía y Praxis Latinoamericana, septiembre, año/vol. 7, número 018
Universidad del Zulia
Maracaibo, Venezuela
pp. 9-34

Herbert Marcuse: La ascensión del totalitarismo en la sociedad postindustrial

Herbert Marcuse:
The ascent of Totalitarianism in Post-Industrial Society

Jesús DÍAZ LABARCA

Escuela de Filosofía, Maracaibo, Venezuela.

RESUMEN

En el pensamiento crítico de H. Marcuse, se encuentran las claves filosóficas y políticas que permiten interpretar, sin mayores equívocos, el productivismo y las diversas formas de consumo de las sociedades postindustriales, en las que el desarrollo y dominio tecnológico viene determinando un proceso histórico donde las relaciones intersubjetivas y los contextos culturales están cada vez más unidas e identificadas por el fenómeno de la globalización. Un análisis atento de las ideas de Marcuse nos pone en cuenta de cómo y por qué la sociedad capitalista está animada por el espíritu –y el interés– de una racionalidad pragmática y totalitaria, evitando que alguna conciencia social la perciba de esta manera. Para Marcuse la forma oculta del totalitarismo es el liberalismo, que se auto legitima en una sociedad pacificada por la ideología de las libertades económicas, los derechos humanos, y las disidencias políticas inocuas.

Palabras clave: Marcuse, totalitarismo, neoliberalismo, Estado.

ABSTRACT

In the critical thoughts of H. Marcuse, we find political and philosophical keys that allow us to interpret, without much error, the productivity of the diverse forms of consumption in post-industrialized societies, in which development and technological dominance are determined by an historical process in which intersubjective relations and cultural contexts are ever more united and identified by the phenomenon of globalization. An analysis from a Marcusean perspective helps us to understand how and why capitalist society is animated by the spirit and interest in pragmatic and totalitarian rationality, avoiding the perception in this manner of any social consciousness. For Marcuse, the hidden form of totalitarianism is liberalism, which is self-justified in a peaceful society by the ideology of economic liberty, human rights and innocuous political dissidence.

Key words: Marcuse, totalitarianism, neoliberalism, state.

La necesidad del socialismo está de nuevo cara a cara con la necesidad del fascismo. La alternativa clásica “socialismo o barbarie” es algo más actual que nunca.

H. Marcuse

LA ERA DEL TOTALITARISMO

El concepto de totalitarismo como un proceso omniabarcante de la historia del modo de producción capitalista se inicia, según Marcuse, con el surgimiento mismo del Estado y de la sociedad liberal en el siglo XVIII. Así lo expresa en *Cultura y Sociedad*:

“(…) si de algo estaban seguros el autor de estos ensayos y sus amigos del Instituto de Investigaciones Sociales de Francfort, era de que el poder totalitario y la razón totalitaria tenían su origen en una sociedad que estaba a punto de superar su pasado liberal y de incorporar su negación histórica. Esta superación no fue, como se cree, exclusiva de los Estados total-autoritarios (Italia- Alemania), sino que llegó a ser realidad en algunas democracias, precisamente en las más desarrolladas”¹.

Esta tendencia pasa por la formación e instauración del Estado total-autoritario en los años treinta y cuarenta del siglo XX, como consecuencia de la crisis general del sistema capitalista vivida por la Europa industrial de la época, en su forma más violenta, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la instauración del fascismo; y desde la culminación de la guerra, hasta la consolidación del Estado de bienestar, la sociedad opulenta, la “democracia totalitaria” y el afianzamiento de la “aldea global” totalitaria. Este proceso ha sido comprensible desde sus inicios sólo para la Teoría Crítica de la Sociedad. A juicio de Marcuse, corresponde a la teoría marxista el mérito de haber descubierto la inmanencia de las tendencias totalitarias del modo de producción capitalista. De esta forma lo expresa claramente Marcuse: “Los orígenes de las tendencias que en la economía política vinculaban el pasado liberal a su liquidación totalitaria, habían sido descubiertos por el marxismo, lo que yo intentaba era rastrear estas tendencias en la cultura existente; en especial en su filosofía más representativa”².

Es verdaderamente condenatoria la postura de Marcuse³ en torno a los representantes más connotados de las tendencias autoritarias, en la filosofía europea del siglo XIX. Frente al positivismo comtiano, Marcuse es radical. Para él, la filosofía positiva de Comte establece el cuadro general de una teoría social que contrarrestará las tendencias “negativas” del racionalismo. Llega a una defensa ideológica de la sociedad de clase media y encierra, además, la semilla de una justificación filosófica del autoritarismo. La conexión entre la filosofía positiva y el irracionalismo, que caracterizó la ideología autoritaria posterior

1 *Cultura y Sociedad*. Editorial Sur. Buenos Aires, 1967. p. 7.

2 *Un ensayo sobre la liberación*. Joaquín Mortiz. México, 1969. p. 7.

3 Cfr. *Cultura y Sociedad*. Ed. cit.

y que se introdujo con la decadencia del liberalismo, se hace patente en los escritos de Comte. De hecho, el resultado del positivismo comtiano viene a ser un sistema religioso con un elaborado culto a los nombres, los símbolos y los signos. Como es sabido, Comte desarrolló una “teoría” positiva de la “autoridad” y se convirtió en el líder autoritario de una secta de seguidores ciegos. Este fue el primer fruto del desprestigio de la razón en la filosofía positiva.

Marcuse es categórico en relación con los orígenes del totalitarismo y sus expresiones violentas: el Estado total-autoritario y sus manifestaciones genocidas, el fascismo, el nacionalsocialismo y el comunismo totalitario; de una barbarie como nunca jamás había conocido la humanidad. En la teoría marcusiana del totalitarismo,

la transformación del Estado liberal en el Estado total-autoritario se realiza dentro del mismo orden social. Con respecto a esta unidad de base económica, puede decirse que es el liberalismo mismo el que “genera” al Estado total-autoritario como si fuera su realización final en un estado avanzado del desarrollo. El Estado total-autoritario proporciona la organización que corresponde al Estado monopolista del capitalismo”⁴.

Debemos decir que esta concepción del totalitarismo como un proceso histórico, que en ciertos períodos de crisis de la estructura económica y de su expresión política desemboca en el fascismo, la violencia y el terror abierto, es asumida por completo en Marcuse, a través de la Teoría Crítica, ya desde la década del 30 del siglo XX. Y en el transcurso de éste, es él quien la desarrolla hasta sus últimas consecuencias. Sin embargo, de igual forma, el historiador francés George Rudé afirma que:

Las clases dominantes de la sociedad liberal no han vacilado nunca en recurrir a la fuerza y al terror, en esos momentos de crisis. Esto está demostrado históricamente; el uso de la violencia y el terror por parte de la burguesía no es nada nuevo ni exclusivo del siglo XX; ambos surgen al unísono de la Gran Revolución de 1789. Cuando Sièyes y sus compañeros de conspiración, llaman a Napoleón Bonaparte, esperaban mantener el dominio político en sus manos. Su objetivo era instalar una dictadura militar que defendiera las “fronteras naturales” de Francia como ellos las entendían y que mantuvieran a raya a los jacobinos y *sans-culottes*. El recurso a un gobierno autoritario no era algo nuevo en la Revolución de 1789. Así durante los peligros de 1793, la Llanura otorgó su bendición a la dictadura del Comité de Salvación Pública, la Convención “Liberal” de 1795 negó a los electores sus derechos constitucionales por medio del decreto de los “dos tercios” y sus sucesores del Directorio arrinconaron la Constitución en más de una ocasión, a fin de hacer frente a los peligros del realismo (la restauración) y del jacobinismo, respectivamente⁵.

4 *Un ensayo sobre la liberación*. Ed. cit., p. 12.

5 *La Europa Revolucionaria (1783-1815)*. Siglo XXI. España, 1981. p. 285.

Lo que hace Marcuse, al sostener que el totalitarismo y el Estado total-autoritario se “generan” en el seno mismo de la sociedad liberal, es seguir las huellas, el hilo conductor, de Ariadna, de la historia social, económica y política de dicha sociedad, que le van mostrando cómo las tendencias autoritarias, totalitarias y monopólicas de la economía liberal se transforman en expresiones coordinadoras de todas las actividades sociales, políticas y culturales de los hombres. Las formas ideológicas son determinadas por la base material de las sociedades; pero luego, las primeras ejercen una profunda influencia sobre las segundas. Así se produce una interacción dialéctica entre ambas categorías. El fascismo es una muestra palpable de esta dialéctica. La burguesía alemana controla el aparato productivo (industrial), pero el Estado total-autoritario lo maneja Hitler. Aquí lo político, el Estado, prevalece sobre la base material; tiene vida propia e independiente, aunque la política está siempre al servicio de la burguesía y de sus intereses, según lo expresado por Marcuse.

De la libre competencia, de la empresa unipersonal, de la acumulación de capitales y de la centralización de su dirección hasta la creación por el sistema de las empresas “colectivas”, representadas en las llamadas sociedades o compañías anónimas características del surgimiento de la economía monopólica y del mercado planificado y del control del consumidor; surge la forma política vertical de organización que Marcuse con toda propiedad llama Estado total-autoritario. En la concepción económica de Marcuse⁶, la libre competencia, fundamento de la empresa privada, deja mucho que desear en cuanto al pleno desarrollo de todas las capacidades productivas de la sociedad y del individuo y a la satisfacción de las necesidades humanas, por cuanto la producción está determinada por la “demanda solvente” y no por dichas necesidades. Asimismo, acarrea la explotación en gran escala y la recurrente y repetida destrucción de las fuentes de riquezas, rompiendo el equilibrio ecológico necesario para la existencia humana en el planeta Tierra.

No se crea que para Marcuse este desarrollo tendencial de la “base económica” en la forma totalitaria de dominación se detiene en su estructura. Desde el mismo momento de su nacimiento, el capitalismo produce sus formas ideológicas de dominación y así nos lo hace ver Marcuse⁷:

El protestantismo luterano y calvinista —el cual dio a la doctrina cristiana de la libertad su forma decisiva para la sociedad burguesa— está ligado a la llegada de una nueva y “joven” sociedad que sólo conquistaría su existencia con la lucha más encarnizada contra las autoridades vigentes. Frente a los lazos universales del feudalismo tradicional, el protestantismo requiere una liberación del individuo incluso dentro del orden terrenal (el modelo de su concepto de individuo será luego, sobre todo, el sujeto social aislado y libre); exige una liberación de las autoridades terrenales respecto a la autoridad de una Iglesia centralizada internacionalmente y de un poder nacional central, como también demanda una libertad de la “conciencia” respecto a muchas normas religiosas y éticas, para poder asegurar un libre camino a la clase progresista. En todos los aspectos, es necesaria una actitud antiautoritaria, la cual se expresará igualmente en la literatura (...) No obstante, semejante tendencia antiautoritaria no es sino el complemento de un orden directamente li-

6 Cfr. *Cultura y Sociedad*. Ed.cit.

7 *Para una teoría crítica de la sociedad*. Tiempo Nuevo. Caracas, 1973, p. 78.

gado al funcionamiento de unas relaciones de autoridad desapercibidas. Desde un principio, implícito en el concepto burgués de libertad, está el reconocimiento de ciertas autoridades metafísicas, el cual debe perpetuar la no-libertad en el alma del hombre. Una base económica, el propietario individual y el libre mercado, así como una superestructura ideológica en forma de religión, constituyen el fundamento del desarrollo del liberalismo económico y de la libre personalidad aislada, pero libre, con que se inicia la formación del Estado liberal.

No es por casualidad que Max Weber asegura que el eje fundamental del desarrollo capitalista se debe a la influencia ejercida por el protestantismo luterano sobre las fuerzas productivas del modo de producción capitalista europeo. Esta interacción dialéctica entre base y superestructura es la que nos describe Federico Engels así:

Según la concepción materialista de la historia, el factor que en última instancia determina la historia es la producción y reproducción de la vida real, ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el único determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacía, abstracta, absurda. La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levantan –las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, las constituciones que después de ganada una batalla redacta la clase triunfante, etc., las formas jurídicas, e incluso los reflejos de todas estas luchas reales en el cerebro de los participantes, las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, las ideas religiosas y el desarrollo ulterior de éstas convertidas en un sistema de dogmas– ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y priman en muchos casos sobre su forma. Es un juego mutuo de acciones y reacciones sobre todos estos factores, en el que, a través de toda la muchedumbre infinita de casualidades (es decir, de cosas y acaecimientos cuya trabazón interna es tan remota o tan difícil de probar, que podemos considerarla como inexistente, no hacen caso de ella), acaba siempre imponiéndose como necesidad el movimiento económico (...) si bien las condiciones materiales de vida son el primer agente (agente), eso no impide que la esfera ideológica reaccione a su vez sobre ellas⁸.

La misma interacción de base y superestructura, que se expresa mediante la libre competencia y el control de la cultura, se manifiesta también en el carácter anárquico de la producción y en las crisis que se resuelven por la vía de la acumulación de riquezas y la quiebra de los más débiles.

Así lo afirma Marcuse: “...en la lucha competitiva, el más fuerte expropia al más débil y el capital se convierte en un círculo de capitalistas aún más pequeño. La competencia individual libre, de estampa liberal, se transforma en una competencia monopolista entre empresas gigantes”⁹.

8 *Cartas sobre el materialismo histórico*. Progreso. Rusia, 1980, p. 8.

9 *Cultura y Sociedad*. Ed. cit., p. 303.

Este proceso de transformación de la libre empresa en empresa monopólica, que hace quebrar a los menos fuertes, es aquel mediante el cual se genera el desarrollo de la ciencia y de la técnica y de las tendencias totalitarias inmanentes a la economía de monopolio de la producción y del mercado. Al mismo tiempo, la pasión por el control, la coordinación y la manipulación del mercado, de la competencia y de las necesidades creadas hacen que surjan las tendencias totalitarias que se expresan en la negación del espacio público y en la invasión del ámbito de lo privado.

Esta tendencia, implícita en la estructura económica de la sociedad capitalista, ha sido descarnadamente denunciada por Marcuse. Empero ya, a comienzos del siglo XIX, Alexis de Tocqueville, de visita en los Estados Unidos, ve con asombro un fenómeno para el cual no tiene explicación alguna y sólo lo describe de esta manera:

Creo, pues —dice Tocqueville¹⁰—, que la opresión de que están amenazados los pueblos democráticos no se parecerá a nada de lo que, hasta ahora, hemos conocido en el mundo. Nuestros contemporáneos no podrán ni siquiera encontrar la imagen de aquello en su memoria. En vano busco dentro de mí la expresión que reproduzca exactamente la idea que me he formado de ella; las antiguas voces de despotismo y tiranía no sirven a este propósito. El fenómeno es nuevo. Es, pues, necesario tratar de definirlo, ya que no puede dársele nombre. Quiero imaginar bajo qué rasgos nuevos el despotismo podría revelarse al mundo; veo una multitud innumerable de hombres iguales y semejantes, que giran sin cesar sobre sí mismos para procurarse placeres ruines y vulgares con los que llenan su alma. Retirado cada uno aparte, vive como extraño al destino de todos los demás, y sólo sus hijos y sus amigos personales constituyen para él toda la especie humana; se halla junto a sus conciudadanos, pero no los ve; los toca y no los siente; no sólo existe si no en sí mismo y para él solo, y si bien le queda una familia; puede decirse que no tiene patria.

Sobre esto se eleva un poder inmenso y tutelar que se encarga nada más que de asegurarle sus goces y vigilar su muerte. Absolutamente minucioso, regular, advertido y benigno, se asemejaría al poder paterno, si como él tuviera por objeto preparar a los hombres para la edad viril; pero, al contrario, no trata sino de fijarlo irrevocablemente en la infancia y quiere que los ciudadanos gocen, con tal de que no piensen sino en gozar. Trabaja en su felicidad, mas pretende ser el único árbitro de ella; provee a su seguridad y a sus necesidades, facilita sus placeres, conduce sus principales negocios, dirige su industria, arregla sus sucesiones, divide sus herencias y se lamenta de no poder evitarles el trabajo de pensar y la pena de vivir.

De este modo, hace cada día menos útil y más raro el uso del libre albedrío, encierra la acción de la libertad en un espacio más estrecho y quita, poco a poco, a cada ciudadano hasta el uso de sí mismo. La igualdad prepara a los hombres para todas estas cosas, los dispone a sufrirlas y aun frecuentemente a mirarlas como un beneficio.

Después de haber tomado así alternativamente entre sus poderosas manos a cada individuo y de haberlo formado a su antojo, el soberano no destruye las volunta-

10 *La Democracia en América*. S. XXI. México, 1978. p. 635.

des, pero las ablanda, las somete y las dirige; obliga raras veces a obrar, pero se opone innecesariamente a que se obre; no destruye, pero impide crear; no tiraniza, pero oprime, mortifica, embrutece, extingue, debilita y reduce, en fin, a cada nación a un rebaño de animales tímidos e industriosos, cuyo pastor es el gobernante.

Es cierto que Tocqueville no halla el concepto que atrape la idea que se ha formado, producto de su intuición, de la sociedad estadounidense de su tiempo. Esto corresponderá al pensamiento de Herbert Marcuse, más de cien años después; pero ya cuando se hayan desarrollado todas las tendencias unidimensionales, vislumbradas de manera tan genial por Tocqueville. El concepto que Tocqueville no logra construir, a pesar de su análisis, lo desarrollará Marcuse¹¹, cuando defina la sociedad norteamericana de mediados del siglo XX como una “democracia totalitaria”; y lo fundamentará en el hecho de que en virtud de cómo ha organizado su base tecnológica, la sociedad industrial contemporánea tiende a ser totalitaria. Porque no es sólo “totalitaria” una coordinación política terrorista de la sociedad, sino también una coordinación técnico-económica no-terrorista que opera a través de la manipulación de las necesidades por intereses creados; impidiendo, por lo tanto, el surgimiento de una oposición efectiva contra el todo. No sólo una forma específica de gobierno o un gobierno de partido hacen posible el totalitarismo, sino también un sistema específico de producción y distribución que puede muy bien ser compatible con un “pluralismo” de partidos, periódicos, “poderes compensatorios”, etc; en el que se han consolidado todas las tendencias de coordinación, control y planificación, no sólo de la dinámica económica, sino también, y a través de la ingeniería social, de la conducta y necesidades del individuo. Le hace falta a Tocqueville lo que Ludovico Silva llama una sintética, que complemente su analítica.

Esta definición del proceso hacia la “era totalitaria” marcusiana, iniciado por Tocqueville, cuando aún no había nacido incluso la Teoría Crítica de la Sociedad, nos demuestra la unidad de base económica desarrollada por el capitalismo, tanto en Europa como en E.U.A; y las formas tendenciales en que se expresa la conducta totalitaria en cada una de las formaciones sociales donde se ha consolidado el modo de producción capitalista.

LA GÉNESIS DEL TERROR Y LA VIOLENCIA

Ahora entraremos a definir la sociedad liberal de acuerdo con lo expresado por Marcuse en su teoría sobre ésta. El liberalismo es la teoría social y económica del capitalismo industrial europeo, en aquel período en que el “capitalismo industrial”, es decir, el empresario privado, en el sentido literal de la palabra, era el sustentador económico real del capitalismo. A pesar de todas las diferencias estructurales entre los liberalismos y sus sustentadores en los distintos países y épocas, queda un fundamento único: la libre disposición del sujeto económico individual sobre la propiedad privada (ejercida sobre los medios de producción) y la seguridad de disposición, garantizada estatal y jurídicamente.

Sin embargo, por encima del libre ejercicio de la propiedad privada sobre los medios de producción, Marcuse descubre las contradicciones que van fomentando el cambio en la

11 *Un ensayo sobre la liberación*. Ed. cit., p. 33.

estructura de la sociedad liberal y que demuestran la verdadera esencia de la economía capitalista ligada a la época liberal y al propietario particular. Marcuse¹² no cesa de develar las contradicciones del liberalismo como sistema económico, social y político. En pleno dominio del liberalismo, nos dice Marcuse, fueron reiteradamente frecuentes las intervenciones, incluso violentas, del poder estatal en la vida económica siempre que así lo exigiese una amenaza contra la libertad y seguridad de la propiedad privada y actuando en particular contra el proletariado. La idea de dictadura y gobierno autoritario no es en modo alguno extraña al liberalismo, ya que, con sobrada frecuencia, tuvieron lugar guerras nacionalistas en la época del liberalismo pacifista y humanitario. El liberalismo fue uno de los principales defensores de la necesidad del poderío nacional; no siempre fueron sus causas el pacifismo y el internacionalismo y, muy frecuentemente, toleró graves intervenciones del Estado en la economía.

En el racionalismo liberal encontramos ya –nos advierte Marcuse– preformadas aquellas tendencias que más adelante, con el cambio del industrialismo privado a capitalismo monopolista, adquirirán un carácter irracionalista y se convertirán en la fuerza productiva fundamental del capitalismo tardío al desembocar en la economía del derroche u obsolescencia planificada.

En el Estado liberal, constitucional y de derecho, dominado por la burguesía está al decir de Jurgen Habermas¹³, proclamaba la idea de la democracia y en cierta medida también la institucionalizaba, pero de hecho llevaba a cabo una democracia de minorías sobre la base de una jerarquía social. Este “juego” democrático va creando, nos advierte Habermas, las tensiones entre la libertad controlada y la dominación de clase. De esta manera, se esbozaba el peligro de que la clase oprimida, que se iba adueñando del pensamiento democrático, pudiera atacar no sólo el predominio político de la burguesía, sino también sus bases socioeconómicas. Como es de comprender, esto no sería permitido por la clase dominante; de manera que el terror ha merodeado desde 1789 a la democracia capitalista.

Esa tendencia totalitaria, immanente al capitalismo liberal, también es denunciada por Wolfgang Abendroth y Kurt Lenk:

La transformación del capitalismo liberal en capitalismo organizado, el cual se desarrolló a partir del último tercio del siglo XIX, convirtió definitivamente en ficción la sociedad liberal constituida por pequeños productores económicamente iguales. En efecto, los procesos de concentración y centralización del capital, así como del continuado desarrollo tecnológico del aparato de producción, desembocaron en el auge de las sociedades capitalistas, que en número e importancia crecientes se establecían al lado de los empresarios individuales. La aparición del capital en forma de capital social y de sus empresas en forma de empresas sociales determinó la supresión como propiedad privada dentro del marco de la producción capitalista misma¹⁴.

12 Cfr. *Eros y Civilización*. Seix Barral. España, 1969.

13 Cfr. *Los ritmos distintos de la filosofía y la política*. Humbolt Inter Naciones. RFA, 1998.

14 *Introducción a la ciencia política*. Anagrama. España, 1971, p. 93.

Según Marx¹⁵, la magnitud de las inversiones requería del concurso de más de un empresario, para cubrir las necesidades del desarrollo capitalista.

Es oportuno destacar, de acuerdo con Abendroth y Lenk¹⁶, que, paralelo al movimiento en el mercado de capitales, tuvo lugar otro movimiento de concentración oligopólica en los mercados interiores, tendente al control monopolista del mercado. Del mismo modo que este desarrollo sólo fue posible con la ayuda del Estado liberal, debido a la necesidad de ingentes inversiones en las nuevas industrias centrales, su producción frente a la economía extranjera también resultó ser igualmente necesaria. Toda verdadera competencia y *free trade* fueron liquidadas mediante la intervención y la garantía del Estado liberal, el cual, aunque formalmente representante de la sociedad entera, defendía a rajatabla los intereses particulares de las capas agrarias y de la alta burguesía. Al hacerse cargo de la función de conquistar mercados exteriores y, ante todo, de asegurar nuevas posibilidades de inversión, el Estado se hizo agresivo, imperialista. La expansión capitalista y el rápido desarrollo tecnológico se unieron entonces al aumento del aparato militar y de su efectividad.

Este desarrollo gradual y sostenido de las fuerzas productivas lleva implícito las crisis económico-sociales, producto de lo siguiente: a) el desarrollo desigual de las naciones capitalistas y b) de la concurrencia de mercancías al mercado mundial. En la lucha por el reparto del mercado mundial, la guerra y el fascismo serán el corolario que pondrá punto final al Estado liberal en Europa. El racionalismo liberal, asegura Marcuse¹⁷, resulta cada vez más inaceptable a medida que la agudización de los conflictos sociales y de las crisis económicas hacen imposible la “armonía” general. En este momento, la teoría liberal tiene que acudir forzosamente a justificaciones irracionales. La crítica racional se destruye a sí misma por la excesiva facilidad con que admite privilegios y estados de gracias “naturales”. La idea de un caudillo carismático-autoritario se encuentra ya prefigurada en los homenajes liberales al empresario genial, al jefe “nato”

Desde el mismo surgimiento de la democracia liberal en 1789, se inician, afirma Marcuse¹⁸, sus ensayos sobre el uso del terror y la violencia sobre los sectores radicales de la sociedad. El gobierno intervino contra los trabajadores con medidas represivas. La ley Le Chapelier de 1789 había prohibido la organización. A las huelgas se respondía ahora con el ejército. A los dirigentes se les imponían largas sentencias de prisión. Se acrecentaron las restricciones a la libertad de los obreros. En tanto que sobre los obreros lanzan todo el poder del Estado, las autoridades son extremadamente indulgentes con los empresarios. En 1826, los propietarios de *Grenouille* se asociaron con el propósito de bajar los sueldos de sus marinos. La justicia y el Ministro de Marina declararon ilegal este procedimiento, pero se negaron a tomar ninguna acción legal, porque temían que esto condujese a los marinos a la rebelión. Así ha marchado siempre la justicia liberal, siempre en defensa del sistema establecido. Es lo que tratamos de demostrar a través de la obra de este gran pensador del siglo XX. Así mismo, se prueba que el Estado de excepción, el Estado total-autoritario o

15 Cfr. *El Capital*. FCE. México, 1984.

16 *Introducción a la ciencia política*. Ed. cit., *Ibid*.

17 Cfr. *Eros y Civilización*. Seix Barral. España, 1969.

18 Cfr. *Cultura y Sociedad*, Ed. cit.

fascista, es fundamentalmente una medida represiva contra las conquistas socioeconómicas de la clase obrera y contra sus pretensiones de transformar la sociedad.

En este sucinto esquema de la teoría liberal, realizado por Marcuse¹⁹, se revela cómo están ya presentes y contenidos en ella muchos elementos de la concepción totalitaria del Estado. Partiendo de la estructura económica, se descubre una continuidad casi perfecta de la interpretación teórica de la sociedad. Convendría indicar aquí los fundamentos económicos determinantes de la evolución de la teoría liberal hacia la totalitaria; se trata, esencialmente, de la transformación que experimenta la sociedad capitalista al pasar del capitalismo comercial e industrial, basado en la libre concurrencia de los empresarios individuales y autónomos, al moderno capitalismo monopolista, cuyas nuevas condiciones de producción (en particular las grandes “unidades” que son los cárteles, trusts, etc.) requieren un poder estatal fuerte, capaz de movilizar todos los recursos de la autoridad.

De esta manera, la conversión del Estado liberal en Estado total-autoritario y de éste en “democracia totalitaria, se efectúa –según Marcuse– en primer lugar, en el interior del capitalismo liberal y, posteriormente, dentro de la “sociedad opulenta”. Producto, en el primer caso, de los desarrollos científico-técnicos, y de la competencia, cuya consecuencia directa es la quiebra de las empresas más débiles y, en segundo lugar, el monopolio del mercado y el aumento inconmensurable de la producción serán la clave para la instauración de la sociedad totalitaria. Considerando, por consiguiente, esta totalidad de base económica y sobre-estructura política, jurídica, etc., cabe decir que es el propio liberalismo el que, conduciéndose a sí mismo hacia un desarrollo superior, “produce”, en una fase avanzada de su evolución, el Estado total-autoritario, que trae consigo la organización y la teoría social correspondientes a esa fase superior que se expresa como capital monopolista, que traerá como consecuencia la regulación del mercado y la coordinación total de las necesidades del individuo junto con su conducta personal.

Esas tendencias monopolistas del capitalismo industrial son las que determinan, en efecto, una cierta “unificación” en el seno de la sociedad; crean un nuevo “sistema de dependencias de muy diversos tipos”: de las empresas pequeñas y medianas respecto de los grandes trusts y cárteles de la propiedad terrateniente y la gran industria respecto del capital financiero. Y algo sumamente importante, el mercado mundial se hace dependiente de estos trusts y cárteles, lo que trae como consecuencia inmediata la crisis por el reparto de ese mercado mundial y, en consecuencia, el fascismo, el terror y la guerra. El sistema político que surgía –nos advierte Marcuse²⁰– no podía desarrollar las fuerzas productivas sin una presión constante sobre la satisfacción de las necesidades humanas. Esto requería un control totalitario sobre las relaciones individuales y sociales y la incorporación de las masas por medio del terror. La sociedad se convierte en un cuerpo armado al servicio de los grandes intereses que han logrado sobrevivir a la lucha económica de la competencia.

La crisis general (mundial) del sistema capitalista, cuya eclosión se produce entre los años de 1929 a 1933, puso en tensión todas las fuerzas productivas del sistema. Para las clases dominantes, la solución o salida de esta crisis, más acentuada en Europa que en ninguna otra parte, fue el uso de la fuerza, la violencia y el terror en sus centros más neurálgicos, Ita-

19 Cfr. *Eros y Civilización*. Ed. cit.

20 *Cultura y Sociedad*. Ed. cit., p. 392.

lia y Alemania; porque fue allí donde la clase obrera se planteó abiertamente el problema político, el asunto del poder y la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista. Para la clase obrera, la solución a la crisis significaba la revolución socialista o la barbarie. Como resultado de sus investigaciones, Marcuse llega a la conclusión de que el fascismo y el nacionalsocialismo son manifestaciones excepcionales del totalitarismo. Son Estados de excepción, contingencias de las tendencias subyacentes, totalitarias del modo de producción capitalista, el punto más crítico y álgido de la crisis, desde la época liberal. Estas fuerzas desatadas son la expresión abierta del terror y el genocidio al que puede llegar la burguesía cuando se siente amenazada por el proletariado.

Esta tesis sobre el Estado fascista, como una contingencia o Estado de excepción de las tendencias totalitarias de la economía capitalista, la encontramos también en el pensador francés Nicos Poulantzas²¹. Para este autor, el fascismo no es más que una expresión de régimen de la forma de Estado capitalista de excepción, y –según él– han existido otras, especialmente el bonapartismo y las diversas formas de dictadura militar. También opina que el Estado fascista es una manifestación específica del Estado de excepción que, en ningún caso, habría que confundir con las otras formas del Estado capitalista. El Estado fascista constituye una forma crítica de Estado y de régimen correspondiente a una crisis política. No obstante, es propio de toda crisis revelar rasgos que no le son exclusivos; el examen del fascismo, precisamente como fenómeno crítico y específico, permite profundizar en el estudio de ciertos aspectos del Estado capitalista en su esencia misma. Poulantzas²² refuerza lo que hemos intentado demostrar a través del pensamiento de Marcuse: que el Estado total-autoritario “constituye una forma crítica de Estado y de régimen correspondiente a una crisis política”, que este Estado es, “en su esencia misma, el Estado capitalista” y que, como consecuencia de su instauración, se desarrollan el terror y la guerra en las condiciones de la insurgencia obrera. Esta cuestión le imprime una condición especial a la crisis en Europa, ausente, por ejemplo, en los E.U.A.

Para el historiador francés Jacques Néré²³, el fascismo es un fenómeno complejo, producto de una crisis económica y política más compleja aún, que resulta difícil explicar someramente. Hay que buscar sus orígenes profundos en la crisis de la conciencia europea del siglo XIX, que en el nivel de los intelectuales puso en discusión el sistema de valores heredados del siglo XVIII y de la Revolución liberal del año 1789: rechazo del racionalismo y del positivismo (no comtiano, según Marcuse), vuelta al instinto, al vitalismo, exaltación de la fuerza, de la violencia y de la guerra (cfr. Bergson, Nietzsche, Sorel y J. de Maistre, etc.), rechazo al cristianismo liberal, de la democracia, del socialismo, y exaltación de la idea de pueblo, considerado como un todo, y de nación. Todo el terreno ideológico estuvo preparado para asimilar los efectos de la crisis como la solución de los problemas de Europa, donde el terror y la guerra se enseñorearon nuevamente, de ese continente.

En lo económico, la distribución de las esferas de influencia entre los países monopolistas, llevada a cabo como efecto de la primera guerra mundial, resultó ser todavía menos estable que la existente antes de aquella conflagración. Los monopolios norteamericanos, muy enriquecidos durante la confrontación bélica, ampliaron su capacidad de producción,

21 *Fascismo y Dictadura*. S. XXI. México, 1980. pp. 8-9.

22 *Ibidem*.

23 Cfr. *Historia Contemporánea*. Labor. España, 1980.

pasando a ocupar el primer lugar del mundo capitalista en cuanto a la explotación de capitales. Este desequilibrio de la economía mundial, más el producido en el continente europeo, prepararon el camino hacia la guerra. Alemania, derrotada en la primera guerra mundial, restauró rápidamente su industria pesada con ayuda de empréstitos norteamericanos e ingleses, y comenzó a exigir un nuevo reparto de las esferas de influencia. El Japón se lanzó por la vía de la agresión contra China. Italia desencadenó la lucha para apoderarse de diversas posesiones coloniales de otros países capitalistas. La segunda guerra mundial, que las fuerzas de la reacción capitalista internacional habían venido preparando, fueron desencadenadas por el bloque de los Estados donde el fascismo se había adueñado del poder y, al mismo tiempo, derrotado a la clase obrera en sus intentos de transformar la sociedad: Alemania, Japón e Italia. Este conflicto fue una guerra anexionista y rapaz por parte de Alemania y sus socios en el pillaje, la Italia fascista y el Japón militarista. El reparto y la organización del mercado mundial son unas de las causas fundamentales de la Segunda Guerra Mundial, según lo que asevera Marcuse²⁴. En Europa, después de la Primera Guerra Mundial, el aparato industrial altamente racionalizado y en rápido crecimiento topaba con crecientes dificultades para su utilización, debido especialmente a la desorganización del mercado mundial y al vasto sistema de legislación social defendido ardientemente por el movimiento sindical. En esa situación, los grupos industriales más poderosos tendían a asumir directamente el poder político, con el fin de organizar la producción monopolista, de destruir la oposición socialista y emprender la expansión imperialista. En Marcuse es persistente la idea de los conflictos internos, resueltos por la represión y el terror, y la crisis exterior, para cuya solución las clases dominantes recurren a la guerra.

Este asunto de la guerra lo tratamos sólo de pasada y con el único propósito de señalar el antes y el después del Estado total-autoritario o fascista, y de indicar, de conformidad con Marcuse, cómo de las cenizas de la guerra y de la derrota del fascismo, las tendencias totalitarias inmanentes, desde la época liberal, se adueñan y se expresan a través del control, la coordinación y la regimentación del “Estado de bienestar”, de la “sociedad opulenta” y de la “democracia totalitaria”, convirtiéndose, así, de un problema localizado en sectores de la economía europea en un problema global, en una cuestión de alcance universal o mundial. Para nosotros, la guerra y su final es sólo la frontera entre el Estado total-autoritario y el totalitarismo como sistema generalizado del modo de producción del capitalismo tardío, su sociedad opulenta y su democracia representativa parlamentaria o como se llame.

DEL CONFORTABLE CAPULLO DE LA ESCLAVITUD

El fin de la crisis de los años 30 y 40 del siglo XX del capitalismo europeo y la conclusión de la Segunda Guerra Mundial produjeron emociones encontradas: la desesperanza del movimiento revolucionario, que no vio coronadas las expectativas del cambio social, expresadas en la literatura del absurdo camuniano; y, de otro lado, la esperanza o, más bien, la convicción de que con el final de la conflagración concluía el periodo totalitario en el mundo occidental que había vivido bajo el terror genocida. Con la derrota de la Alemania nazi, nos dice Hannah Arendt²⁵, parte de la historia llegaba a su fin.

24 *Cultura y Sociedad*. Edi. cit., p. 392.

25 Cfr. *Los orígenes del totalitarismo*. Taurus. Madrid, 1974.

Al culminar la guerra se asentaba no sólo la base material del capitalismo por la vía de la reconstrucción de Europa estimulada por los E.U.A., sino también la posibilidad del control y regimentación del individuo, al entrar Europa en el conjunto de las naciones opulentas o en el llamado Estado de Bienestar y por la utilización de los medios publicitarios como elemento de persuasión y de introyección de conductas y de necesidades dirigidas. La democracia y la libertad se establecieron como cotidianidad del hombre europeo. Empero, ya para 1954, diez años después de terminada la guerra, en un epílogo para una nueva edición de *Razón y Revolución*,²⁶ Herbert Marcuse nos advierte que la derrota del fascismo y del nacionalsocialismo no ha detenido la tendencia hacia el totalitarismo. La libertad está en retirada, tanto en el dominio del pensamiento como en el de la sociedad. Ni la idea hegeliana ni la idea marxista de Razon se han acercado a su realización; ni el desarrollo del Espíritu ni el de Revolución han tenido la forma que contemplaba la teoría dialéctica. Sin embargo, estas desviaciones son inherentes a la estructura misma que esta teoría había descubierto, no vinieron desde el exterior, no eran inesperadas.

Como es sabido, la teoría clásica del totalitarismo explica que éste termina, por un lado, con el fin de la Segunda Guerra Mundial y la muerte de Hitler y, por el otro, con la desaparición física de Stalin en 1953, es decir, que el final del totalitarismo estaría vinculado a la ausencia de dos personalidades, tipificadas por Eric Fromm como neurótico-destructivas. Así lo expone Arendt²⁷ al afirmar que era cierto que las más terribles de todas las nuevas formas de gobierno, cuyos elementos y orígenes históricos trató de analizar, concluyeron en Rusia con la muerte de Stalin, de la misma manera que el totalitarismo acabó en Alemania con la muerte de Hitler. Lo que fue decisivo no fue el final de la guerra y la muerte de Hitler, sino la muerte de Stalin ocho años más tarde. Contrario a este criterio, Marcuse, como ya vimos más arriba, considera que el fin de la guerra y la muerte de Stalin a lo que ponen término es al terror genocida abierto y a la existencia del Estado total- autoritario.

Sin embargo, a pesar de la culminación de la guerra, las tendencias subyacentes del totalitarismo immanente al sistema capitalista, desde la época del Estado liberal, continúan desarrollándose, hasta consolidarse como democracia totalitaria. Tendencias que no eran inesperadas. Así lo había descubierto la Teoría Crítica de la sociedad en los años 30 y 40 del siglo XIX y, en una época tan temprana como 1934, Herbert Marcuse, de manera radical, sostiene que el Estado total-autoritario surge del seno de la sociedad liberal decimonónica. Las tendencias totalitarias se han consolidado dentro de una terrible crisis revolucionaria que, como respuesta de los sectores dominantes, genera el terror y el genocidio.

Algo muy importante que hay que resaltar es que, para Marcuse, las tendencias totalitarias del sistema son inmanentes a éste y se desarrollan en plena armonía con el progreso técnico, la opulencia y la seudolibertad; y que el terror, el genocidio y los campos de concentración son producto de la crisis general del capitalismo europeo y de la amenaza insurreccional de la clase obrera para instaurar el socialismo. El Estado total autoritario y el terror abierto serían, así, una contingencia o circunstancia en el desarrollo de las tendencias totalitarias del modo de producción capitalista. Contrario a todo este universo terrorista, la “democracia totalitaria” es la hija predilecta de la sociedad opulenta del neoliberalismo y de la globalización.

26 Cultura y Sociedad. Ed. cit., p. 401.

27 *Los orígenes del totalitarismo*. Ed. cit., p. 41.

Así lo interpreta Marcuse²⁸ cuando dice que la *creciente* productividad que posee la sociedad opulenta no es utilizada para eliminar el trabajo innecesario, o sea, para la pacificación, sino para intensificar y perpetuar la lucha por la existencia. Pero lo decisivo es que la integración total de los individuos a la sociedad, y la cancelación por la sociedad de sus propias posibilidades de liberación no se logran por el terror, por la dictadura, sino que son más bien la prosperidad democrática y el Estado de Bienestar los que constituyen el capullo de la esclavitud que Max Weber previó como la última fase de la sociedad industrial desarrollada. La democracia del capitalismo tardío es, para los que colaboran, un cómodo, confortable capullo de esclavitud en el que los siervos eligen libremente a sus propios señores y éstos dejan hacer a los esclavos, porque éstos sólo eligen y quieren aquello que mantiene el poder de los señores.

Esta es la característica fundamental del totalitarismo contemporáneo: vestirse de libertad y de confort. En las condiciones del desarrollo científico-técnico y de la riqueza material alcanzada y la elevación general del consumo, las técnicas represivas se trasladan a la manipulación de la conciencia del sujeto humano y a su integración total a la dinámica represiva del sistema. Es motivo para nosotros de “horror” la cita que sobre *Man Adapting*, la obra de René Dubos, hace Herbert Marcuse:

La utilización de la excesiva adaptación del organismo humano le impele a la perpetuación y extensión, programada, de su condición de mercancía y, con ello, la perpetuación y extensión de los controles sociales sobre la conducta y la satisfacción. La complejidad siempre creciente de la estructura social hará inevitable la regimentación; la libertad y la privacidad pueden llegar a ser lujos antisociales cuya obtención implique auténticas dificultades. En consecuencia, puede aparecer por selección un grupo de seres humanos dotados genéticamente para aceptar *como* un hecho normal una forma de vida regimentada y protegida en un mundo prolífico y contaminado, en el que todo el primitivismo y la fantasía de la naturaleza habrán desaparecido. El domesticado animal de granja y el ratón de laboratorio, bajo un régimen controlado, en un ambiente controlado, vendrán a ser entonces verdaderos modelos para el estudio del hombre. No menos importante para mantener las cualidades humanas de la vida es el medio ambiente en el que es posible satisfacer la aspiración de tranquilidad, a la vida privada, a la independencia, a la iniciativa propia y a cierto espacio libre²⁹.

Ese diagnóstico de Dubos en relación con la dotación genética, “*para aceptar como un hecho normal una forma de vida regimentada*”, niega el criterio sostenido por Arendt, cuando asevera que:

En el cuerpo político del Gobierno Totalitario el lugar de las leyes positivas queda ocupado por el terror total, que es concebido para traducir a la realidad la ley del movimiento de la Historia o de la Naturaleza.(...) El terror se convierte en total cuando se torna independiente de toda oposición; domina de forma suprema

28 Un ensayo sobre la liberación. Ed. cit., p. 23.

29 *Ibid.*, p. 25.

cuando ya nadie se alza en el camino. ¡Si la legalidad es la esencia del gobierno no tiránico y la ilegalidad es la esencia de la tiranía, entonces el terror es la esencia de la dominación totalitaria!³⁰.

Eso es verdaderamente obscuro y descubre todo el sentido inético y amoral del sistema capitalista tardío en sus expresiones más recientes: el neoliberalismo y la globalización. *Un mundo feliz* de Aldous Huxley y *1984* de George Orwell pierden así su carácter metafórico y el arte y la ficción imaginaria se convierten, de esta manera, en una terrible realidad antecediendo, como siempre, el acontecer histórico. Sin embargo, según Arendt:

El terror es la realización de la ley del movimiento; su objetivo principal es hacer posible que la fuerza de la naturaleza o de la Historia corra libremente a través de la humanidad sin tropezar con ninguna acción espontánea. Como tal, el terror trata de “estabilizar” a los hombres para liberar las fuerzas de la dominación totalitaria³¹.

Todo ese mundo feliz tiene sentido, nos dice Marcuse³², porque hay un

(...) triunfo y final de la introyección; la etapa en la que la gente no puede rechazar el sistema de dominación sin rechazarse a sí misma, a sus propios valores y necesidades instintivas que los reprimen. Tendríamos que concluir que la liberación significaría subversión contra la voluntad y contra los intereses prevalecientes de la gran mayoría de la gente. En esta falsa identificación de las necesidades sociales e individuales, en esta profundamente enraizada adaptación “orgánica” de la gente a una sociedad terrible, pero *que funciona con provecho, yacen los límites de la persuasión y la evolución democráticas*.

De la misma manera, Raúl Fonet-Betancourt, nos alerta sobre un proceso de alienación, que se está desarrollando, en el seno de la cultura del capitalismo tardío, a través de la globalización y del neoliberalismo. Al respecto, nos dice: “(...) en la revolución antropológica que está provocando (...) la globalización capitalista neoliberal (...) es evidente que la ideología fundamentalista del (...) “*extra mercatum nulla salus*” no puede funcionar socialmente sin un cambio en la sustancia misma de lo humano”³³.

La fenomenología de la globalización neoliberal –afirma Fonet-Betancourt³⁴– muestra que no estamos asistiendo únicamente a la expansión de un sistema que, para usar una expresión de Jürgen Habermas, coloniza el mundo de la vida en muy distintos planetas, porque ella constata también la penetración del espíritu del neoliberalismo en nuestras propias cabezas. De suerte que, por la interiorización del espíritu del sistema, empieza a surgir un determinado tipo de hombre. Por eso la globalización neoliberal no genera un cambio

30 *Los orígenes del totalitarismo*. Ed. cit., pp. 564.

31 *Ibidem*.

32 *Un ensayo sobre la liberación*. Ed. cit., p. 25.

33 *Interculturalidad y Globalización*. DEL. San José de Costa Rica, 1997. p. 131.

34 *Ibidem*.

simplemente superficial, ya que éste debe ser visto como una transformación en las condiciones de la sociedad y de la convivencia humana y, con ello, como una variación en las condiciones de subjetivación de los seres humanos. La globalización neoliberal no ocupa sólo los lugares y contextos de la subjetividad. Es, a la vez, ocupación de los sujetos mismos, que hace que estos sufran una inversión de su subjetividad, al concebirse y relacionarse según la ley del mercado capitalista.

Al totalitarismo como expresión de las tendencias internas, propias del modo de producción capitalista, no siempre tenemos o debemos exponerlo a partir del pensamiento teórico de Marcuse. Así, bástenos con usar a Tocqueville para señalar de dónde surgen estas tendencias totalitarias. Ahora, en plena globalización neoliberal, cerca de doscientos años después, se recurre a Raúl Fonet-Betancourt, para que se vea que de 1830 hasta el 2002 el proceso del totalitarismo ha estado siempre fundamentalmente ligado al sistema capitalista y a sus diferentes etapas de crisis o de desarrollo pacífico. Ambos pensadores—Tocqueville y Fonet-Betancourt— tendrían en común el no ser radicales revolucionarios interesados en liquidar la experiencia capitalista de manera definitiva.

Entendemos más bien la globalización, nos dice Fonet-Betancourt³⁵, como la política y estrategia económica de los grupos dominantes que controlan el poder en Occidente y que, reduciendo éste a una cultura o civilización de mercado y consumo monopolizado, pretenden, también, domesticar todas las culturas del mundo en el mismo sentido. Al menos en este nivel del impacto cultural, el contexto del proceso de globalización nos confronta así con una ideología totalitaria que roba a las culturas de la humanidad el eje estructural básico para cualquier desarrollo ulterior propio, a saber: el derecho a determinar las formas de dominio sobre su tiempo y su espacio, puesto que, en la ideología de la globalización, el mercado, como punto de cristalización del modelo civilizatorio sin alternativa, dicta la forma de generar el tiempo y cierra el horizonte de nuestra percepción espacial. El mercado se ofrece aquí como el punto de vista desde el cual el tiempo y el espacio cobran sentido.

Esta caracterización de la globalización, continúa Fonet-Betancourt³⁶, nos muestra entonces que hacerse cargo de este proceso de globalización como contexto histórico real del diálogo de las culturas, significa reconocer que hoy en día el diálogo de las culturas se nos presenta más como el desafío de un horizonte de esperanza, que como un hecho de nuestra realidad histórica o como un factor configurante del rostro actual de nuestro mundo.

Pareciera que Fonet-Betancourt no tuviera conciencia de su atisbo sobre la sociedad totalitaria contemporánea, la cual se expresa, como él lo sostiene, a través de la globalización que nos confronta con una ideología totalitaria que roba a las culturas de la humanidad (y debió decir al individuo) el eje estructural básico para cualquier desarrollo ulterior propio, a saber: el derecho a determinar las formas de dominio sobre su tiempo y su espacio. Ideología totalitaria, que según Fonet-Betancourt, “dicta la forma de generar el tiempo y cierra el horizonte de nuestra percepción espacial.” Tiempo y espacio que para Marcuse son la condición de la libertad humana. Espacio público y ámbito de lo privado controlados por el dictador totalitario que se expresa democráticamente.

35 *Ibid.*, p. 11.

36 *Ibidem.*

Vivimos en lo que Marcuse definió como una “democracia totalitaria”, donde tanto las culturas como los individuos son sometidos y controlados en un horizonte de esperanza –más como una utopía– que como un hecho de nuestra realidad histórica o como un factor configurante del rostro presente de nuestro mundo. En el contexto actual de globalización de un proyecto civilizatorio que se impone por la fuerza del dictado de una política económica neoliberal, no hay tanto diálogo o interacción cultural como conflicto de culturas, porque, si miramos bien, lo que se constata es que no pocas culturas de la humanidad están siendo arrasadas por ese “huracán de la globalización” en que se manifiesta hoy la hegemonía de poder de los representantes y defensores del “Occidente reducido”, un huracán que, justo por ser a la vez expresión y vehículo propagador de una hegemonía de poder que va desde lo económico hasta lo militar, pasando por el control de los organismos internacionales, se expande hoy con una fuerza uniformadora de tal potencia y coherencia que su paso está marcando el comienzo de un proceso de colonización sin precedentes en la historia de la humanidad. Fornet-Betancourt, a pesar de merodear la idea de sociedad totalitaria, no arriba a las conclusiones de Marcuse sobre este asunto: el rechazo total y la impugnación radical al sistema, como la única forma que vemos viable para la salvación de algunas culturas. Tres grandes pensadores (Tocqueville, Dubos y Fornet-Betancourt), separados por el tiempo, se aproximan a la categorización de la sociedad capitalista como totalitaria y, sin embargo, se detienen en el umbral de sus descubrimientos; sin llegar a las conclusiones históricas a las que debieron arribar sus investigaciones.

A Herbert Marcuse corresponde el mérito de haber profundizado el estudio sobre la sociedad contemporánea del capitalismo tardío y sus formas totalitarias de expresarse.

Como Marx en su época, Marcuse estudia, analiza y sintetiza la experiencia histórica de la formación social del capitalismo tardío, más avanzada y desarrollada, de mediados del siglo XX hasta su muerte, ocurrida en 1979. No es por casualidad que se residencia en los Estados Unidos, desde la década del treinta del siglo pasado. Este exilio fue, sin lugar a dudas, sostiene el filósofo francés J. M. Palmier³⁷, decisivo; ya que el encuentro de Herbert Marcuse con la cultura americana constituye el punto clave de toda su obra. Su contacto con el mundo de los Estados Unidos –tan fascinante como inquietante– permitió a Marcuse expresar todas las virtualidades que había en él y dar a su pensamiento una originalidad que indudablemente no hubiera alcanzado de no producirse este encuentro. Esto demuestra que aún la Teoría Crítica, fuera de un entorno adecuado, limita su capacidad de develamiento sobre el sistema del capitalismo tardío. Contrario a sus compañeros del Instituto de Investigaciones Sociales, Horkheimer y Adorno, quienes regresaron a Europa en los primeros años de la década del 50 del siglo XX, Marcuse permanece en los Estados Unidos, y mientras aquellos se enfrentan a una Europa destruida, en reconstrucción, éste desarrolla su trabajo sobre la expresión ideológica y material de la formación social más avanzada y vigorosa de su tiempo. E.U.A es para Marcuse lo que fuera Inglaterra para Marx. La permanencia de Marcuse en ese país no es algo accidental; es la decisión de un pensador que se propone “cambiar el mundo” y que comprende que la base material para esa transformación se encuentra en la cultura norteamericana y en su sociedad de la opulencia.

He analizado, dice Marcuse³⁸ algunas tendencias del capitalismo americano que conducen a una “sociedad cerrada”, cerrada porque disciplina e integra todas las dimensio-

37 Cfr. *En torno a Marcuse*. Guadiana de Publicaciones. Madrid, 1969.

nes de la existencia, privada o pública. Los individuos y las clases reproducen la represión sufrida, mejor que en ninguna época anterior, pues el proceso de integración tiene lugar, en lo esencial, sin un terror abierto, la democracia consolida la dominación más firmemente que el absolutismo, y la libertad administrada y la represión instintiva llegan a ser la fuentes renovadas sin cesar de la productividad. Este es el asunto más controversial de la teoría política de Marcuse. La conversión de la democracia liberal en democracia totalitaria y en factor de dominación y coordinación política.

Para Marcuse³⁹, el lenguaje ritual-autoritario se extiende sobre el mundo contemporáneo, a través de los países democráticos y no democráticos, capitalistas y no capitalistas. Esta realidad es hoy más tangible que nunca si pensamos en internet y la comunicación satelital. La “aldea global” totalitaria no es una realidad virtual, sino una cruel y concreta expresión de la expansión ideológica del sistema capitalista.

Hay en la teoría marcusiana, de la “democracia totalitaria”, dos momentos históricos cruciales: la instauración, mediante la consolidación de la producción masiva de mercancías, de la sociedad opulenta, con la cual se abre el camino al surgimiento del hombre unidimensional y de su subyugación interior; y el cierre del universo del discurso político, que elimina toda posibilidad de oposición y de resistencia al sistema.

Esa subyugación está facilitada exteriormente por la masa de recursos materiales que produce y distribuye el sistema; cada día más abundantes y cada vez para un número mayor de personas. Según Marcuse⁴⁰, los medios de transporte y comunicación de masas, los bienes de vivienda, alimentación y vestuario y el irresistible rendimiento de la industria de las diversiones y de la información llevan consigo hábitos y actitudes prescritas, ciertas reacciones emocionales e intelectuales que vinculan, de forma más o menos agradable, a los consumidores con los productores y, a través de estos, a la totalidad. *Los productos adoctrinan y manipulan: promueven una falsa conciencia inmune a su falsedad. Y a medida que estos productos útiles son asequibles a más individuos en más clases sociales, el adoctrinamiento que llevan a cabo deja de ser publicidad; se convierten en modo de vida—mucho mejor que antes—, y en cuanto tal se oponen al cambio cualitativo. Así surge el modelo de pensamiento y conducta unidimensional en el que las ideas, aspiraciones y objetivos, que trascienden por su contenido el universo establecido del discurso y la acción, son rechazados o reducidos a los términos de este universo. De esta manera, se cumple con el requisito fundamental del totalitarismo en democracia: la abundancia opulenta de recursos, administrados coordinados y regimentados. El totalitarismo sería, entonces, en el pensamiento de Marcuse, una manifestación de la sociedad opulenta y de su democracia; sería su modo esencial de vida.*

Al decir de Marcuse⁴¹, el preconditionamiento para la admisión de este sistema y de sus valores no empieza con la producción misma de la televisión y con la centralización de su control. La gente entra en esta etapa ya como *receptáculos* preconditionados desde mucho tiempo atrás: la diferencia decisiva reside en la disminución del contraste (o conflicto)

38 *El hombre unidimensional*. Seix Barral, España., 1968, p. 7.

39 *Un ensayo sobre la liberación*. Ed. cit., p. 132.

40 *Ibid.*, p. 42.

41 *Ibid.*, p. 38.

entre lo dado y lo posible, entre las necesidades satisfechas y las necesidades por satisfacer. Y es aquí donde la llamada nivelación de las distinciones de clase revela su función ideológica. Si el trabajador y su jefe se divierten con el mismo programa de televisión y visitan los mismos lugares de recreo y diversión, si la secretaria se viste tan elegantemente como la hija de su jefe, si el negro tiene un Cadillac, si todos leen el mismo periódico, esta asimilación indica no la desaparición de las clases, sino la medida en que las necesidades y satisfacciones que sirven para la preservación del “sistema establecido” son compartidas por la población subyacente. Es la sobreoferta de productos la que obliga al control del mercado y a la incentivación del consumo irracional. El bienestar material es antepuesto a cualquier condición espiritual o cultural. Pero, aún más, donde existían estas manifestaciones son comercializadas y representan estatus. De nuevo nos encontramos, según Marcuse⁴², ante uno de los aspectos más perturbadores de la civilización industrial avanzada: el carácter racional de su irracionalidad. Su productividad y eficiencia, su capacidad de incrementar y difundir las comodidades, de convertir lo superfluo en necesidad y la destrucción en construcción, el grado en que esta civilización transforma el mundo-objeto en extensión de la mente y el cuerpo del hombre hace cuestionable hasta la noción misma de alienación. La gente se reconoce en sus mercancías (y en sus marcas), encuentra su alma en su automóvil, en su aparato de alta fidelidad, su casa, su equipo de cocina (su celular, su computadora personal, en el estatus que da tener Infonet). El mecanismo que une al individuo a su sociedad ha cambiado, y el control social se ha incrustado en las nuevas necesidades que ha producido. De esta manera, las formas predominantes de control son tecnológicas en un nuevo sentido. En la época contemporánea, los controles tecnológicos parecen ser la misma encarnación de la razón en beneficio de todos los grupos e intereses sociales, hasta tal punto que toda contradicción parece irracional y toda oposición imposible.

Esa subyugación del individuo tiene su punto culminante –afirma Marcuse– con la “mutilación” de la interioridad del individuo. Un individuo mutilado, sin conciencia de su alienación, es el producto más acabado y original de la sociedad opulenta. *Es el hombre unidimensional marcusiano*. Así mismo, según Freud⁴³, la compulsión, la represión y la renunciación son los elementos de que está hecha (que la componen y la integran) “la libre personalidad”, en el seno de la sociedad capitalista. La personalidad, insiste Freud, no es más que un individuo “roto” que ha introyectado y utilizado con éxito la represión y la agresión, para lograr lo que en la jerga cotidiana de la sociedad opulenta se define como “una vida de bienestar.”

Podría pensarse que estas formas de control, desarrolladas por la sociedad opulenta, hayan sido introyectadas hasta llegar a anular toda protesta individual en sus raíces. La neurosis se establece como norma de la vida social. La negativa intelectual, al decir de Marcuse⁴⁴, y emocional a “seguir la corriente” aparecen como un signo de neurosis e impotencia. Este es el aspecto socio-psicológico del acontecimiento político que caracteriza a la época contemporánea: la desaparición de las fuerzas históricas que, en la etapa precedente de la sociedad industrial, parecían representar la posibilidad de una nueva forma de existencia.

42 *Ibid.*, p. 39.

43 *El Malestar en la Cultura*. Alianza, Madrid, 1970, p. 97.

44 *Un ensayo sobre la liberación*. Ed. cit., p. 40.

Ahora bien, en el planteamiento de Marcuse⁴⁵, éste sugiere que quizás el término “introyección” ya no describa el modo como el individuo reproduce y perpetúa por sí mismo los controles externos ejercidos por su sociedad. Introyección sugiere una variedad de procesos relativamente espontáneos, por medio de los cuales un *Ego* traspone lo “exterior” en “interior”. Así que introyección implica la existencia de una dimensión interior separada, y hasta antagonica, de las exigencias exteriores; una conciencia individual y un inconsciente individual aparte de la opinión y la conducta pública. La idea de “libertad interior” —agrega Marcuse— tiene aquí su realidad; designa el espacio privado en el cual el hombre puede convertirse en sí mismo y seguir siendo “el mismo”.

Una de las condiciones fundamentales, tal vez la más esencial del totalitarismo, como lo es la invasión de la privacidad interior del individuo, es denunciada por Marcuse⁴⁶, si se quiere de forma verdaderamente cruda y violenta. Hoy en día, nos advierte, este espacio privado ha sido invadido y cercenado por la realidad tecnológica. La producción y la distribución en masa reclaman al individuo en su totalidad, y ya hace mucho que la psicología ha dejado de reducirse a la fábrica. Los múltiples procesos de introyección parecen haberse osificado en reacciones casi mecánicas. El resultado no es la adaptación sino la *mimesis*, una inmediata identificación del individuo con su sociedad y, a través de ésta, con la sociedad como un todo.

Esta identificación inmediata, automática, que según Hegel⁴⁷ fue característica esencial de la democracia griega, y que él extrapola a toda democracia; reaparece, por lo que afirma Marcuse⁴⁸ en la alta civilización industrial; su “inmediatez” es, sin embargo, producto de una gestión y una organización elaboradas y científicas. En este proceso, sostiene Marcuse⁴⁹, la dimensión “interior” de la mente, en la cual puede echar raíces la oposición al *status quo*, se ve reducida paulatinamente. La pérdida de esta dimensión en la que reside el poder del pensamiento negativo —el poder crítico de la Razón— es la contrapartida ideológica del proceso material mediante el cual la sociedad industrial avanzada acalla y reconcilia a la oposición.

Acabo de sugerir, nos advierte Marcuse⁵⁰, que el concepto de alienación parece hacerse cuestionable (porque toma otra dimensión), cuando los individuos se identifican con la existencia que les es impuesta y en la cual encuentran su propio desarrollo y satisfacción. Esta identificación no es ilusión, sino realidad; *el sujeto alienado es devorado por su existencia alienada*. Hay una sola dimensión que está por todas partes y en todas las formas. Los logros del progreso desafían tanto la denuncia como la justificación ideológica; ante su tribunal, la “falsa conciencia” de su racionalidad se convierte en la verdadera conciencia. Esta transmutación de la falsa conciencia en conciencia verdadera constituye el “suave capullo de la esclavitud”, la crisálida que sirve de morada al hombre unidimensional.

45 *Ibidem*.

46 *Ibidem*.

47 *Filosofía de la Historia*. Ediciones Zea, España, 1976. p. 276.

48 *Un ensayo sobre la liberación*. Ed. cit., p. 40.

49 *Ibid.*, p. 41.

50 *Ibidem*.

Marcuse⁵¹ es vertical con relación a esa transmutación. Afirma que esta absorción de la ideología de la realidad, no significa, sin embargo, el “fin de la ideología”. Por el contrario, la cultura industrial avanzada es, en un sentido específico, más ideológica que su predecesora, en tanto que la ideología se halla hoy en el propio proceso de producción.

Tal como lo ve Marcuse⁵², lo que distingue radicalmente a la sociedad industrial contemporánea, de todas las *formas* antecesoras de civilización, es la supresión y aislamiento de todos los elementos amenazadores, de oposición o de resistencia, tanto nacional como internacionalmente. Los intereses del gran capital concentran la economía nacional, que se imbrica en un sistema mundial de alianzas militares, la OTAN, acuerdos monetarios, FMI y BID, y de asistencia técnica. La división tradicional entre “cuellos blancos” y “cuellos azules” tiende cada día, por el efecto nivelador del consumo, a desaparecer. Los sindicatos norteamericanos han atravesado inevitablemente una crisis que los ha llevado hacia la integración con el sistema. El actual movimiento obrero occidental, después de la desaparición del bloque soviético, de la caída del Muro de Berlín y del surgimiento de la ideología del Eurocomunismo, etc., no piensa en modo alguno en la posibilidad de destruir las estructuras económicas de las que vive, y pretende tan sólo conquistar mejoras económicas y sociales concretas.

Paralelamente, los ocios y las aspiraciones de las diversas clases sociales se van haciendo más uniformes y sus conflictos, más difusos. También es cada vez más difícil establecer diferencias efectivas entre los objetivos de los grandes partidos políticos, que cada día se parecen más entre sí, debido a su común hipocresía, a los clichés que emplean y a su integración al sistema democrático que pretenden “perfeccionar”. No es extraño, en estas circunstancias, contemplar a los sindicatos, afirma Marcuse⁵³, haciendo causa común con las grandes empresas, donde lo más importante es la obtención de contratos para la construcción de misiles o de cualquier tipo de arma sofisticada que contribuya al mantenimiento y desarrollo del complejo militar-industrial, columna vertebral de la economía del capitalismo tardío, de su opulencia y de su democracia.

En la esfera política, esta tendencia a la integración –puntualiza Marcuse⁵⁴– se manifiesta en una marcada unificación o convergencia de los opuestos. El bipartidismo en política exterior cubre los intereses competitivos de los grupos mediante la amenaza del comunismo internacional (hoy este problema ha desaparecido, pero ha sido sustituido por los conflictos del mundo árabe y su manera terrorista de entender la lucha revolucionaria) y se extiende a la política doméstica, donde los programas de los grandes partidos son cada vez más difíciles de distinguir, incluso en el grado de asimilación y en los temas empleados. Esta unificación de los opuestos gravita sobre las posibilidades de cambio social, en el sentido de que abarca aquellos estratos sobre cuyas espaldas progresa el sistema; esto es, las propias individualidades y clases cuya existencia supuso en otro tiempo la oposición al sistema como totalidad.

51 *Ibidem*.

52 *El hombre unidimensional*. Ed. cit., p. 49.

53 *Ibid.*, p. 52.

54 *Ibid.*, p. 49.

En los Estados Unidos se ha advertido siempre la colusión y la alianza entre las empresas y los sindicatos; en Europa, el Partido Laborista inglés, cuyos líderes compiten con sus oponentes conservadores en promover los intereses nacionales, difícilmente, señala Marcuse⁵⁵, se dedica a apoyar un modesto programa de nacionalización parcial. En Alemania Occidental, se ha proscrito el partido comunista; y el partido socialdemócrata, habiendo rechazado oficialmente sus programas marxistas, está probando convincentemente su respetabilidad. Por su parte, los poderosos partidos comunistas de Francia e Italia dan testimonio de la dirección general de las circunstancias, adhiriéndose a un programa mínimo que margina la toma revolucionaria del poder y contemporiza con las reglas del juego parlamentario impuestas por el sistema. Estos partidos comunistas nacionales –insiste Marcuse⁵⁶– desempeñan el papel histórico de partidos de oposición legal “condenados” a no ser radicales. *Atestiguan la profundidad y la dimensión de la integración* capitalista, y las condiciones que crean las diferencias cualitativas de los intereses en conflicto aparecen como diferencias cuantitativas dentro de la sociedad establecida. Esta era la situación en los principales países industriales de Occidente en la década del sesenta del siglo pasado. En el presente, los acontecimientos han ratificado los análisis de Marcuse; no obstante, esos hechos los han superado con creces. Se ha producido la integración universal de la sociedad industrial contemporánea por la vía de la restauración pacífica del capitalismo tardío y de su economía de mercado en el llamado “socialismo existente”. Un manto totalitario vestido de democracia política, de progreso técnico y de abundancia material, ha caído sobre la humanidad y su universal mundo cultural. En el Este, estos mecanismos tecnológicos de control han demostrado su eficiencia con la restauración del capitalismo por la vía pacífica, sin protesta, sin oposición y sin violencia social o política.

Consideramos aquí, con Marcuse, al totalitarismo como un fenómeno político; aun cuando siempre esté vinculado con el reino universal de la técnica y la opulencia. De hecho, en la convincente propuesta de Marcuse, el progreso de la técnica podría abrir, en ciertas condiciones, actualmente un campo de libertad insospechado. A pesar de ello, desemboca en una dominación totalitaria y una represión desenfundadas. El aparato del Estado hace pesar sus exigencias económicas, su política de expansión y de su defensa sobre el tiempo de trabajo y sobre el tiempo libre. Para Marcuse⁵⁷, el totalitarismo no es sólo uniformidad político-terrorista, es también una información económico-técnica, que funciona manifestando las necesidades en nombre de un interés general. Una oposición eficaz al sistema no puede producirse en estas condiciones. El totalitarismo no es sólo el hecho de una forma específica de gobierno o de partido, porque emana más bien de un sistema específico de producción y de distribución perfectamente compatible con un “pluralismo” de partidos, de prensas diarias, con la separación de poderes y con “poderes compensatorios”, etc.

Según Palmier⁵⁸, la unión del totalitarismo y de la dicha, por la mimesis de la conciencia feliz, del sabio cálculo de la barbarie y de socialismo que constituye el “estado de bienestar” de las sociedades industriales avanzadas, parece imposible de romper por ninguna fuerza política actual. El cerco político de los partidos socialistas, de los partidos comu-

55 *Ibid.*, p. 38.

56 *Ibid.*, p. 51.

57 *Ibid.*, p. 33.

58 *En torno a Marcuse*. Guadiana de Publicaciones. Madrid, 1969. p. 192.

nistas y de los sindicatos constituye un universo de discursos cerrados que se hunde poco a poco en el mismo sistema: el de la unidimensionalidad. El confort, la eficacia y la razón instrumental serían, entonces, los tres valores grabados sobre la frente de la sociedad totalitaria.

La única fuerza capaz de oponerse eficazmente a este sistema es, para Marcuse, el ideal de una vida libre y feliz, reivindicada por todos y cada uno de los miembros de la sociedad, incluso si esta exigencia parece utópica y sin esperanza.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Uno de los críticos más severos y radicales del llamado socialismo existente fue, precisamente, Herbert Marcuse, como puede verse en su obra *El marxismo soviético*. Sin embargo, éste nunca se imaginó lo siguiente: a) que a pocos años de su muerte (1979), todo el sistema soviético de producción y cultura sería hecho trizas, integrándose total y abiertamente a la economía mundial del capitalismo tardío; b) que las “islas” que aún subsisten –China, Cuba, Corea y Vietnam– develarían sus culturas y aparatos productivos a las fuerzas inconteniblemente integradoras de la globalización y el neoliberalismo; y c) que la renuncia, tanto del socialismo como del comunismo europeo, a la Teoría Crítica de la Sociedad, llegaría a conformar el llamado eurocomunismo, o comunismo sin Marx.

Lo anterior es lo que predispuso a la sociedad europea al “cierre del discurso del universo político” en toda la geografía política de los centros hegemónicos del poder en la Europa de la opulencia, hasta el extremo de que hoy es un lugar común decir que en los países industrialmente avanzados, cuyas sociedades presentan desarrollos tecnológicos de punta, no existe oposición política al sistema establecido. Todos los partidos, inmersos en la ideología del sistema, se precipitan al vacío de la perfectibilidad de la democracia capitalista, con lo cual se fortalece la reproducción de la formación social capitalista.

La pérdida del potencial revolucionario de los movimientos de liberación nacional es, según Marcuse⁵⁹, una señal de que “la táctica de liberación de estos movimientos del Tercer Mundo no es por sí misma una función revolucionaria lo suficientemente fuerte como para derribar el capitalismo tardío en cuanto sistema universal. Una fuerza revolucionaria de tal potencia no se puede esperar sino de una confluencia de fuerzas transformadoras presentes en los centros del capitalismo tardío, con otras de la periferia de la sociedad opulenta. Sin embargo, producir esa fuerza es, en realidad, una de las tareas más difíciles, sobre todo porque esa vinculación estratégica no se encuentra en el orden del día de los revolucionarios de la periferia, como tampoco en los centros hegemónicos del poder. Las dificultades que obstaculizan esas tareas son gigantescas. Aparte de la situación geográfica, la de la lengua, etc. Y la diferencia total entre las culturas hegemónicas y las culturas periféricas determinaría el surgimiento de un trabajo teórico, intercultural de apoyo mutuo, fundamentado en la estrategia de la revolución mundial.

Todo esto significa que hay elementos nuevos, donde el análisis y la síntesis de la teoría y la práctica revolucionaria tienen un papel y una responsabilidad histórica con el destino de la humanidad. Las relaciones interculturales no serían entre la periferia y un indigenismo ahistórico, sino entre la periferia y los centros hegemónicos. Sería un diálogo entre la

59 *Calas de nuestro tiempo*. Icaria. España, 1976. p. 66.

cultura de la libertad en los centros hegemónicos y los pensadores revolucionarios de la periferia. Un diálogo, por ejemplo, entre la teoría de Marcuse y la de Fernet-Betancourt, un diálogo interno de la teoría crítica de la sociedad universalmente sostenido por todos los adherentes de aquella.

Eso debería ser así porque en la situación actual del desarrollo de la globalización no hay ninguna exterioridad con relación al mercado mundial del capitalismo y sus culturas dominantes y todos estamos inmersos en la oscura noche de la aldea totalitaria. La alternativa sería la sociedad pacificada de Marcuse, libre de angustias, agobios, temores y culpas.

Incluso los movimientos de liberación nacional, de tinte marxista o no, con dominio y ejercicio de “la guerra de guerrillas” (FARC), están inmersos e integrados al seno del sistema de dominación, y su estrategia no apunta a la destrucción del sistema sino a la consolidación de una cuota de poder al estilo cubano, el cual aún les sirve de modelo. Esto obliga a esas organizaciones a moverse en la órbita integradora del sistema de dominación, sin opción alguna de rupturas con el continuo de las fuerzas productivas de la sociedad opulenta.

Toda utopía ha sido cancelada históricamente. En nuestros días no es posible, como en la época de Saint-Simon, Fourier y Owen, construir icarias o falansterios al margen de la producción y de la cultura capitalista. Todos los intentos socialistas comenzados en el siglo XX, a partir de la revolución bolchevique, e iniciados desde la periferia, sin participación alguna de los centros hegemónicos de poder, han sido bloqueados, como ya hemos demostrado suficientemente en este trabajo, e integrados con mayor fuerza y coherencia a la economía mundial del capitalismo tardío. El mercado mundial, la globalización, internet y la informática son obstáculos que la periferia dependiente no podría eludir. Hasta el llamado lenguaje utópico, a través de la supuesta función utópica del mismo, sería un contrasentido ante esta realidad que necesita ser develada por la concientización del sujeto, y no por la necesaria utopización de los factores de transformación. También, el control y el dominio ejercido sobre la especie humana requieren ser revelados. Marx lo dijo: la humanidad sólo debe tomar conciencia de lo que tiene que hacer y hacerlo.

La relación intercultural ha sido rota por la penetración, o más bien por la invasión cultural, que han sufrido los pueblos indígenas. Hoy, los yanomamis, los yukpas, los barís o los guajiros son pueblos sin destino histórico, que agravan su situación cultural por la vía de la educación intercultural bilingüe, de funestos resultados para ellos en el contexto de la cultura occidental dominante.

La humanidad ha creado las condiciones materiales que le permitirían el desarrollo pleno de la individualidad de cada uno de sus miembros. Según Marx, el objeto fundamental del socialismo no sería la sociedad sino el individuo. Mediante la aplicación de la ciencia a través de la técnica y el uso de la tecnología, es posible, en la actualidad, la reducción drástica de la jornada de trabajo. No obstante, eso no ha sido posible por la prolongación artificialmente sostenida y manipulada que el sistema lleva a cabo de los procesos productivos para lucrarse.

Sumada a los progresos técnicos, la reducción de la jornada de trabajo puede cuantificarse por la eliminación del trabajo excedente, abstracto o sobretrabajo, al poner punto final a toda explotación del hombre por el hombre. Tal vez, el tiempo de trabajo socialmente necesario, en un período relativamente corto, podría ser reducido a algo no mayor de dos o tres horas diarias de labor, encaminada, mediante el metabolismo del hombre con la naturaleza, a producir los recursos de subsistencia históricamente determinados.

La aplicación total de la tecnología a los procesos productivos haría innecesario el uso de las capacidades físicas del hombre. La inteligencia artificial determinaría la pura y simple supervisión de los procesos de producción, haciendo realidad una relación lúdica entre el hombre y esos procesos. Es lo que pedía Fourier: el trabajo como juego, y lo que Marcuse reivindica para que se cumpla su teoría del ser libre del hombre dentro de la necesidad, en el interior de los procesos de producción.

La libertad, según esos principios marcusianos, sería la aurora, el amanecer de un hombre nuevo; el socialismo vendría a ser el giro necesario que requiere la historia humana para realizarse. Por su parte, el hombre devendría en un ser total y completamente diferente, surgido de la ruptura con el sistema y siendo, psicológicamente el mismo, sujeto de una libertad que se expresaría en una sensualidad estética y eróticamente desarrollada.

Esas serían las condiciones del desarrollo de una nueva antropología reclamada por Marcuse y fundamentada en el despertar de una dimensión “biológica” de los instintos, orientada al rechazo de la violencia, el terror, la tortura y la agresividad tanto social como individual.

Una cuestión de fundamental importancia, determinante en la concepción marcusiana de la libertad, es la situación de alienación material y simbólica que debe superar la mujer en la sociedad patriarcal dominante, para poder formar parte del inicio de una historia en la que los seres humanos sean más conscientes de su despliegue ontológico en la realidad social y política de un tiempo distinguido por la convivencia, que parte de la identidad y el reconocimiento de los géneros y los valores sexuales.

Contrario a lo que ocurre actualmente cuando la mujer tiende a masculinizarse, incluso en el abandono de la moda femenina que destaca la gracia y el donaire de su cuerpo, por la rigidez aproximativa de su masculinización, Marcuse reclama la “feminización” del hombre. El socialismo se convertiría, entonces, en un viaje de retorno “andrógino” del hombre hacia la mujer. El hombre debería encontrarse en el seno femenino, lugar de la ternura, la solidaridad y la receptividad, resguardado por la mujer para la humanidad. Ambos, hombre y mujer, al afirmar su individualidad, serían el solo ser andrógino que lo comparte todo. Sin esta interpenetración de la sensualidad, hablar de libertad humana no es algo más que una quimera.

La sociedad tecnológica, por medio de su opulencia y la liquidación de la escasez, es el punto final de la utopía. Sin embargo, la sociedad y la libertad surgidas de esta organización social derivaron hacia el totalitarismo, por cuanto esta sociedad está afectada por los intereses de clases, la perpetuación de la explotación humana, la intensificación y prolongación de la jornada de trabajo y el mantenimiento de privilegios para las minorías dominantes.

El socialismo, es decir, la sociedad pacificada y humanista, es la única salida de la que dispone el hombre para vivir feliz en un mundo de paz. El socialismo y la democracia son antitéticos; la libertad es lo inmanente al socialismo; por ella, se seguirán ofreciendo los sacrificios necesarios en el altar de la sociedad opulenta.

La aplicación total de la tecnología a los procesos productivos haría innecesario el uso de las capacidades físicas del hombre. La inteligencia artificial determinaría la pura y simple supervisión de los procesos de producción, haciendo realidad una relación lúdica entre el hombre y esos procesos. Es lo que pedía Fourier: el trabajo como juego, y lo que Marcuse reivindica para que se cumpla su teoría del ser libre del hombre dentro de la necesidad, en el interior de los procesos de producción.

La libertad, según esos principios marcusianos, sería la aurora, el amanecer de un hombre nuevo; el socialismo vendría a ser el giro necesario que requiere la historia humana para realizarse. Por su parte, el hombre devendría en un ser total y completamente diferente, surgido de la ruptura con el sistema y siendo, psicológicamente el mismo, sujeto de una libertad que se expresaría en una sensualidad estética y eróticamente desarrollada.

Esas serían las condiciones del desarrollo de una nueva antropología reclamada por Marcuse y fundamentada en el despertar de una dimensión “biológica” de los instintos, orientada al rechazo de la violencia, el terror, la tortura y la agresividad tanto social como individual.

Una cuestión de fundamental importancia, determinante en la concepción marcusiana de la libertad, es la situación de alienación material y simbólica que debe superar la mujer en la sociedad patriarcal dominante, para poder formar parte del inicio de una historia en la que los seres humanos sean más conscientes de su despliegue ontológico en la realidad social y política de un tiempo distinguido por la convivencia, que parte de la identidad y el reconocimiento de los géneros y los valores sexuales.

Contrario a lo que ocurre actualmente cuando la mujer tiende a masculinizarse, incluso en el abandono de la moda femenina que destaca la gracia y el donaire de su cuerpo, por la rigidez aproximativa de su masculinización, Marcuse reclama la “feminización” del hombre. El socialismo se convertiría, entonces, en un viaje de retorno “andrógino” del hombre hacia la mujer. El hombre debería encontrarse en el seno femenino, lugar de la ternura, la solidaridad y la receptividad, resguardado por la mujer para la humanidad. Ambos, hombre y mujer, al afirmar su individualidad, serían el solo ser andrógino que lo comparte todo. Sin esta interpenetración de la sensualidad, hablar de libertad humana no es algo más que una quimera.

La sociedad tecnológica, por medio de su opulencia y la liquidación de la escasez, es el punto final de la utopía. Sin embargo, la sociedad y la libertad surgidas de esta organización social derivaron hacia el totalitarismo, por cuanto esta sociedad está afectada por los intereses de clases, la perpetuación de la explotación humana, la intensificación y prolongación de la jornada de trabajo y el mantenimiento de privilegios para las minorías dominantes.

El socialismo, es decir, la sociedad pacificada y humanista, es la única salida de la que dispone el hombre para vivir feliz en un mundo de paz. El socialismo y la democracia son antitéticos; la libertad es lo inmanente al socialismo; por ella, se seguirán ofreciendo los sacrificios necesarios en el altar de la sociedad opulenta.